



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Delmira Agustini, más allá de su escritura

por Jorge Arbeleche

Delmira definida por Fernán Silva Valdés

"Y soy la mujer del cielo / y del infierno que ambos dos / van de mis pies a mi frente / como rumbos hacia Dios".

Delmira

La forja de la búsqueda de la expresión poética, tan visible en otros poetas como Sara de Ibáñez, aparece en Delmira en forma paralela a la ya mencionada claudicación ante expresiones vulgares y comunes al lenguaje lírico de su contexto. Ella lo supo e incluso dio manifestación de ello, cuando deja dos libros inéditos: "Los astros del abismo" y "El Rosario de Eros", pues incluso en su último libro edito "Los cálices vacíos", aparecen en forma casi simultánea, versos de dudoso gusto a otros definitivamente antológicos por la estatura y jerarquía estética de su talento.

Ya hemos dicho que su poesía trasciende su propio vocabulario, su idiolecto identificatorio. Pero aquello que le es intransferiblemente suyo, su intensa personalidad poética, que es correlato de la enigmática personalidad de su vida, sobrevive a las endebleces y emerge en toda su potencialidad artística.

Hay veces en que se hace necesario espigar en un mínimo poema y desbrozar la maleza retórica que lo puebla, para poder encontrar, tal vez, al final un verso genial que da por tierra todo aquello que pudiera tildársele de vulgar, para resurgir en versos de notable conmoción estética:

"con alma fúlgida y carne sombría"
"la estirpe de una raza nueva sublimemente loca".
"tener entre las manos la cabeza de Dios".

La crítica ha sido pródiga con Delmira, aunque no siempre eficaz. En el seguimiento de su obra se habló de una personalidad múltiple en alusión a su poesía de exaltada temperatura erótica. Seguramente era la fórmula que la sociedad literaria de su época podía admitir en una joven de clase media, claramente burguesa, sin advertir que dejaban sin "ver" ni "leer" su poesía. Tiempo después, la crítica se ensañó con su privacidad en vida y muerte, superponiendo la exégesis de su obra a través de investigaciones de carácter biográfico; lo escrito correspondía –de acuerdo al protocolo asumido– a una vivencia de su intimidad cotidiana. Nada más lejos de la Poesía que su traducción al lenguaje de la Realidad porque ambas constituyen entidades diferentes: el lenguaje poético es un objeto artístico, ligado como toda creación a una convención establecida: la de aparentar verdad cuando es ficción.

Ya Dante nombraba a la poesía como "la bella mentira". Incluso el lenguaje amoroso en el terreno poético no es igual a aquel en el que se expresan los amantes en la intimidad. Tampoco creo en la explicación de su poesía por el sistema de simplificación que le atribuye doble personalidad, una cuando se comporta como la Señorita Delmira Agustini y otra, cuando escribe. Pienso que es la misma persona con todas las diferentes facetas que puede tener un creador.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Y como tal, es a la vez una consecuente seguidora del decir modernista, ya decadente, inaugurado por Rubén Darío, y –a la vez– una heroína épica protagonista de una epopeya de un lenguaje poético superior que atisba siempre y solo alcanza a veces; en esas ocasiones logra alturas de categoría estética superior.

Con lo antedicho, descreo tanto de la crítica que se ha detenido más en su vida personal en busca de un correlato exacto entre verso y experiencia, como de la seudopsicológica que simplifica el enigma de una obra de arte atribuyéndola a su creador una o más personalidades, sin percatarse de que no es privilegio de la Agustini esa gama de tonalidades en su persona. Es muy difícil que alguien, y especialmente un artista pueda ser siempre igual. Creo que somos siempre el mismo derivado de una única matriz, pero cada circunstancia vivida nos impone su sello y no reaccionamos siempre del mismo modo.

Entonces, por mi parte, no me pliego a la crítica biográfica o biocrítica, vuelta a estar de moda. Me interesa el objeto artístico en sí, en este caso: la expresión poética afanosamente buscada por Delmira, lo que llamo una suerte de búsqueda épica, de epopeya de una leyenda delmiriana que, por momentos tropieza, cae y vuelve a levantarse. Por honestidad crítica creo que debemos admitir que un gran creador no siempre nos puede brindar grandes creaciones. Y en la obra de Delmira como en la de María Eugenia, junto a algunos textos eminentes, conviven otros de dudoso gusto. Y a veces esa dualidad aparece en un mismo poema: junto a versos extraordinarios leemos otros casi bastos.

Guardamos de manera harto celosa aquellos objetos que le pertenecieron: sus guantes, sus zapatos, su vestido de novia, sus manuscritos, que dan cuenta de esa épica ya mencionada, sus cartitas de amor al novio, en las cuales se han apoyado muchos críticos para sostener sus supuestas teorías de la personalidad múltiple. Pienso que es en esas misivas donde Delmira despliega su mayor erotismo, el que no está cubierto ni enmascarado por velos retóricos o léxicos perimidos. Es allí, en el añiñamiento de las palabras donde imprime una poderosa carga carnal, despojada de fórmulas e imágenes, algunas de ellas provenientes de un repertorio ajeno y distante.

Por eso mismo, creo que a su poesía hay que valorarla y admirarla más allá de sus propias palabras.

Frente a Delmira se nos presenta una pregunta. Acaso, ¿era su voluntad dejar al descubierto esas cartas escritas a su amante, bajo esa convención de protoidioma propio de una niña? ¿Es importante para el estudio y goce de su poesía, escudriñar hasta el último rincón de su intimidad? Luego de esas lecturas, vueltos a releer la exigua pero rigurosa selección de sus poemas magistrales ¿el enigma de los mismos, se nos devela o permanece entre sus versos? Creo necesario traer a este punto un problema crítico.

Durante años poco sabíamos de los autores de obras maestras. Por supuesto que saber algo acerca de sus vidas y su contexto nos enriquece la visión de los mismos, pero no nos brindan la clave para descifrar el misterio de su obra.

Si leemos el diario de juventud de Idea Vilariño, tenemos la certeza de cuánto le importaba a sí misma lo que ella escribía y la conciencia de su densidad proyectada hacia un futuro donde su ausencia eliminara toda controversia. Es diario para la posteridad. Del mismo modo, podríamos referirnos al Diario de José Pedro Díaz, donde asistimos a la infructuosa lucha de un excelente docente y ensayista por trasponer fronteras y transformarse en narrador consagrado y su constante lucha con la literatura de creación, que se le escapa de las manos, percibimos la peripecia ocasionada al autor por estas evasiones y sus consecuentes depresiones o desilusiones.

Sostengo que aventurarse en la escritura del yo es un camino de riesgo porque puede sucederle al investigador que al final de su gestión se encuentre con el “yo” de la persona escribiendo, pero no con el “yo” del creador ni menos, con el más difícil de la propia creación.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Así, por ejemplo en la exhaustiva biografía de Ian Gibson sobre García Lorca, monumental trabajo de investigación sobre la vida del poeta, su genealogía, su contexto político-social, digno de la mayor ponderación, me ha permitido saber algunos datos acerca de la biografía de Federico, pero lo que más me importa de lo que allí extraigo es saber que en sus últimos años parece haber encontrado el anhelado amor de pareja en su joven admirador Rodríguez Rapún, que trabajara en la compañía de teatro La Barraca y que, al año siguiente del asesinato del poeta marchara al frente republicano para morir a manos de las balaceras franquistas.

Sin embargo ya hay nuevas suposiciones de un nuevo, posterior, breve y joven amor, debido a los celos provocados por el carácter heterosexual de Rodríguez Rapún, cuyos contactos con mujeres provocaban celos y discusiones en la pareja.

Pero, más allá de esos datos, para mí irrelevantes, ¿quién me explica el misterio del romance de las Manolas en el segundo acto de Doña Rosita la soltera?: él enumera tres, pero al final se pregunta: “¿Adónde van las Manolas las tres y las cuatro solas?” ¿Quién es esa cuarta, inesperada? Ese nudo gordiano de la Poesía no me lo explica nadie, ni ningún dato biográfico ni la identidad de ningún amante.